



Màrius Serra

A mí que me registren

La gente de *L'Avenç* acaba de publicar en catalán el intenso texto que Georges Perec escribió en 1978 para un documental sobre Ellis Island, la isla neoyorquina donde desde 1892 hasta 1954 se ubicó el control de acceso para inmigrantes a Estados Unidos. Es un texto emocionante, entre otras cosas porque Perec, en su condición de judío privado por los nazis de su memoria familiar polaca, acude para “cuestionar la errancia, la dispersión, la diáspora”. También es un texto divertido. Perec incluye en él los tremendos equívocos onomásticos que se daban en el registro. Los primeros funcionarios, de origen irlandés, eran poco duchos en los apellidos centroeuropeos, rusos, griegos o turcos. No era extraño, pues, que un Vladimir acabase registrado como Walter, un Skyzertski como Sanders o un Goldenburg como Goldberg. Perec explica la historia, “demasiado bonita para ser verdad”, de un anciano judío ruso a quien habían aconsejado que escogiese un apellido muy americano para que a los funcionarios no les costase transcribirlo. Un empleado de la sala de equipajes le propuso ni más ni menos que Rockefeller, y el viejo empezó a repetírselo muchas veces, como una letanía, para no olvidarlo: “Rockefeller, Rockefeller, Rockefeller”... Cuando llegó la hora de la verdad y el juez le pidió que se identificase, el anciano fue incapaz de recordarlo y musitó, en yiddish: “Schon vergessen” (ya se me ha olvidado). Fue así como le inscribieron con el americanísimo nombre de John Ferguson. La inscripción en un registro es un momento transcendente. Fundacional. La historia

Georges Perec, en su condición de judío privado por los nazis de su memoria familiar polaca, acudió a Ellis Island en 1978

del anciano yiddish recuerda la de Joan Brossa ante el registro franquista, respondiendo “poeta” a la pregunta sobre su oficio que le formulaba el funcionario de la oficina de DNI y observando luego cómo le inscribían como “paleta”. Pero la mejor historia de registros se la escuché a Santiago Tarín en una

entrevista radiofónica. Tarín acababa de publicar uno de sus libros de crónicas, creo que *Barcelona en rosa y negro*, y explicó que él se llama Tarín i Barba a pesar de que su abuelo materno no se apellidaba Barba, sino Barberà. El relato partía de la tartamudez del abuelo. Tartamudeaba tanto que, al ir a inscribir a sus hijos a los juzgados, unas veces era capaz de completar su propio apellido y otras no. El señor Barberà tuvo cinco hijos, pero sólo tres de ellos heredaron el apellido completo. Los otros dos se quedaron en Barba.

El texto de Perec se fija, también, en la primera inmigrante oficialmente acogida en Ellis Island, el 1 de enero de 1892, cuando nadie podía sospechar que encabezaría una larga lista de dieciséis millones de personas. Fue una joven irlandesa de 15 años, procedente del condado de Cork, que se llamaba Annie Moore. El estreno de las instalaciones le reportó un costoso regalo de bienvenida: una pieza de oro de diez dólares. Nadie celebraría nunca la llegada del inmigrante un millón, pero Annie Moore se transformó en un símbolo. Llegó a Texas, se casó con un descendiente del libertador irlandés Daniel O'Connell y murió atropellada a los 46 años. Le dedicaron una escultura, y sus descendientes fueron invitados a participar en diversas conmemoraciones en Ellis Island e incluso en Irlanda. Pero hace un par de años, preparando otro documental sobre la inmigración, la experta en genealogía Megan Smolenyak descubrió que la verdadera Annie Moore nunca estuvo en Texas. Bajó del barco en Ellis Island y ya jamás se movió del Lower East Side de Nueva York, donde parió a once preciosos neoyorquinos de primera generación.